

La noticia, lo cotidiano y el espejo de la ficción

Gonzalo Abril
Profesor del Departamento de Periodismo III
UCM

Gouldner (1978: 143-144) habla de una *interesante dialéctica* entre las noticias y la vida cotidiana. Para empezar, la noticia se presenta a sí misma como lo no rutinario, es decir, como algo separado y destacado de los ritmos fundamentales de la vida familiar, el trabajo, etc. De ahí que la noticia necesariamente *censura y oculta aspectos de la vida*, generando una especie de realidad social *subprivilegiada*, constituida precisamente por todo lo que el discurso noticioso presupone indigno de atención.

Ahora bien, esa separación de los marcos de la experiencia cotidiana tiene un límite: si el contenido informativo se hace demasiado distante de ellos, puede resultar simplemente dudoso o increíble. Gouldner no lo formula expresamente, pero está implícito en sus comentarios el argumento de que la interpretación del discurso de las noticias viene orientado por ciertos criterios de *normalidad, proximidad, pertinencia*, etc. que son vigentes en la interacción cotidiana de la gente y que de modo no necesariamente deliberado son incorporados en el proceso de producción de las noticias, *valores de noticia o criterios de noticiabilidad*.

Las convicciones, los conocimientos y expectativas compartidas de la vida diaria fundamentan nuestro *sentido de la realidad*, nuestro *sentido común* teórico y práctico, y les prestamos una adhesión sostenida –aunque generalmente no nos parezca activa ni problemática– en nuestro trato diario con los demás. Es ese marco de presupuestos y expectativas al que A. Schutz (1974) llamaba *actitud natural* de la vida cotidiana, el que da sentido a la noticiabilidad del ejemplo tantas veces comentado: *“un hombre muere a un perro”*. Porque si tal cosa sucede puede suponer, efectivamente, una quiebra significativa de las expectativas compartidas respecto al comportamiento humano. Quiebra que no se da en *“un perro muere a un hombre”* respecto al comportamiento canino. Es esa quiebra de expectativas comúnmente sostenidas y no una supuesta novedad (¿ontológica?, ¿estadística?) del acontecimiento lo que permite semantizarlo como noticia.

Ahora bien, una noticia que presentase la supuesta metamorfosis de un hombre en perro se desviaría *demasiado* notoriamente del marco de expectativas sociales aceptadas. Nos aproximaría a ese umbral del discurso de la noticia en el que se mueve

cierta prensa *sensacionalista*: que seguramente no persigue, ni consigue, *hacer creer o informar*, sino producir significaciones en el límite entre lo verosímil y lo inverosímil, entre lo real y lo ficticio, entre lo verdadero y lo fabuloso. Zona del sentido que, aun incorporada institucionalmente a la prensa escrita, ha de emparentarse con prácticas y experiencias culturales de raíz *popular*, como la lucha libre, la magia o el circo (¡pero también con la radio y la *neo-televisión!*), que en los más variados espacios culturales y tiempos históricos han hecho posible la expresión de la fantasía, del juego, de la participación imaginaria. Siempre un poco más allá de los cálculos funcionalistas y logocentristas dominantes en las ciencias sociales.

Las orientaciones de investigación más *culturológicas* que *sociofenomenológicas* muestran otros anclajes del discurso de la noticia en la cotidianidad:

Por ejemplo, J. Martín-Barbero (1987) ha propuesto una crítica del *acontecimiento* noticioso que carga de valor cultural algunos de los atributos que le adjudica tradicionalmente el análisis *massmediológico*:

- El acontecimiento es *imprevisible*. Ahora bien, su *infrecuencia* no es una probabilidad matemáticamente medible ni una *variable independiente*, sino un valor relativo a coordenadas culturales, un problema de convenciones, de discursos, de prácticas sociales. “La presencia de un televisor en una perdida aldea de indígenas africanos –ejemplifica el autor– es tan acontecimiento como su ausencia en un hogar de clase media americana”. Y como valor cultural, la imprevisibilidad se relaciona directamente con la *verosimilitud*: “lo verosímil es tanto la fuente primordial de lo noticioso como su más recóndita censura”.
- El acontecimiento es *implicativo*, en cuanto que cierta cantidad y calidad de personas puede verse concernida por él. La implicación es algo construido en el discurso informativo de tal modo que es la noticia y no “los hechos mismos” lo que llega a incumbir a la gente: “es acontecimiento no aquello que pasó a tales personas, sino aquello en que pueden participar, desde la noticia, el máximo de lectores”. La implicación suscita así el valor de lo *interesante*, lo que puede “poner en movimiento todas aquellas virtualidades –radicalmente imaginarias– de participación”.
- El acontecimiento, por fin, tiene una característica *paradójica*: “que vive en y de la noticia” y se inserta así en el ritmo y el valor de la cultura masiva. “Los Medios no son independientes del acontecimiento sino su condición”. Son los medios lo que producen los acontecimientos, incluida la propia acción de dar a conocer y de crear notoriedad pública. Y, desde luego, trabajando cada uno de ellos en una forma de *temporalidad social* específica, que es también el ritmo de su consumo comercial. Así, mientras “la radio vive de la instantánea, transformando en gesto esa palabra que sin ella no sería más que un poco de aire (...) la televisión inserta –en vivo y en directo– la historia en el tiempo del rito y el espacio del espectáculo”.

Hay que discutir la interpretación habitual del discurso periodístico según el modelo único que proporciona la llamada *prensa de prestigio*, supuestamente ocupada en la información y no en el entretenimiento, supuestamente ilustrada y no plebeya. Desde los orígenes del periodismo de masas y siempre más allá de sus géneros confesadamente *populares* –como la prensa del corazón, deportiva y de sucesos– los relatos informativos han incorporado ingredientes melodramáticos, truculentos y cómicos, y los discursos de la información han explotado procedimientos de interpelación y persuasión que tienen también raíces ajenas al modelo ilustrado del discurso público. En esos ingredientes y procedimientos se puede advertir un engranaje con la cotidianidad que no es el de un *sentido común* como el antes mencionado, ni menos aun el de una racionalidad ilustrada, sino el del sentimiento y la fantasía, el de la atracción por aquello que cuestiona el imperio de la realidad y sus fatalismos, el gusto por la confrontación dramático–narrativa más que por la concurrencia de ideas y argumentos.

En la primera prensa popular del siglo XIX, paradigmáticamente representada por el mítico SUN de Benjamin Day, “*el paradigma del acontecimiento es el suceso*”, dice M. Rodrigo Alsina (1989:88). Y Ll. Gomis (1989:95) lo explica: la noticia ya no es como hasta entonces “*el relato de eventos políticos y sociales de reconocida importancia, sino también el relato de un crimen o la narración de una catástrofe*”. La práctica periodística no está, pues, orientada a *informar* y *opinar*, sino también a divertir, excitar, a producir emociones en el lector: actividad que resulta pobremente expresada en la célebre *función de entretenimiento* de que hablan los teóricos funcionalistas de la comunicación masiva.

La visión funcionalista del discurso informativo, que deslinda la información de la opinión y del entretenimiento, responde a un modelo histórica y culturalmente limitado del periodismo, el de la prensa de prestigio, incluso a una visión sobreidealizada de ese modelo. Obedece por ello a los presupuestos de una ideología (profesional y académica) que desdeña gran parte de los modelos, formatos, orientaciones y sensibilidades que se han dado a lo largo de la historia efectiva del periodismo. En los orígenes de la prensa de masas, y por razones que son consustanciales a esa prensa, es decir, a su *masividad*, la separación entre información y entretenimiento es obviamente ilusoria.

El discurso de la información masiva se constituyó en virtud de la asimilación de aquellos *géneros literarios populares* (relatos truculentos, drama, comedia,...) que interesaban y divertían a un público mayoritario y en cuya lectura eran competentes los sectores populares urbanos. Los contenidos de la primera prensa masiva se han de interpretar como resultado y manifestación de la *asimilación de lo popular por lo masivo*, que constituye un proceso central de la cultura moderna.

Aún es frecuente la creencia de que los relatos y géneros periodísticos de más clara raíz popular son deformaciones o contaminaciones que le han sobrevenido al *periodismo serio* en algún momento tardío de su historia; y de que esa sobrevenencia es el resultado de meras operaciones comerciales (como si éstas no se dieran en el *perio-*

dismo serio). Pero lo cierto es que tales contaminaciones o mestizajes aparecen en la más temprana producción textual del periodismo moderno. Y que en ellos se expresan, aun como resultado de intereses comerciales y políticos no siempre confesados, las *formas de simbiosis constitutivas de la cultura masiva*: entre cotidianeidad y fantasía, entre experiencia sentimental y discurso racional, entre narración dramática y argumentación, entre repetición e innovación; dicotomías que remiten al abigarrado y paradójico engranaje entre el proyecto ilustrado de lo público y la expresión, a menudo resistente, de las culturas populares sometidas al orden capitalista.

Es en esa perspectiva en la que cabe interpretar la transformación del acontecimiento en suceso a que se ha referido Martín-Barbero (1987:60) recogiendo observaciones de Barthes y Baudrillard: “La ‘forma’ en que el acontecimiento es producido por la noticia y consumido por los lectores es la del suceso (...) Para hacer vendible y consumible el acontecimiento el diario inculca en el relato todo un imaginario de masa que es precisamente la sustancia del suceso: ‘su drama, su magia, su misterio, su extrañeza, su poesía, su carácter tragicómico, su poder de compensación y de identificación, el sentimiento de fatalidad que lo habita, su lujo y gratuidad’ [R. Barthes]”.

W. Benjamin (1986) defendía que el discurso de la información tendía a indagar lo local y lo cercano, en oposición a la experiencia de lo *maravilloso* de la narración tradicional. Hay sin embargo razones para pensar que, aun en el caso de que Benjamin estuviera acertado en su diagnóstico de los años treinta, el desarrollo del discurso de la información ha conducido desde entonces a una progresiva desvinculación de los marcos de la experiencia cotidiana, entendida como ámbito de lo local y cercano al sujeto.

Una perspectiva argumental que se orienta hacia esta última conclusión es la de J. M. Casasús (1992: 42-43) cuando conjetura la creciente desvinculación del trabajo de los periodistas “respecto a las necesidades de los receptores y respecto a las cuestiones que afectan a su cotidianeidad”. Alejamiento que el autor califica de “patológico”. Casasús halla los motivos de este proceso en el avance de la racionalización (modernizadora) del periodismo, que históricamente se representa en la evolución desde un periodismo *paraliterario*, hecho por intelectuales, hasta un periodismo *accionalista*, hecho por técnicos. Un indicio de esta orientación descotidianizadora de la prensa lo encuentra el autor en la creciente importancia de los llamados *eventos periodísticos*, acontecimientos cuya única relevancia procede de haber sido contruidos como relevantes por el propio discurso periodístico. La información sobre la Guerra del Golfo, en enero de 1991 –ejemplifica Casasús–, produjo numerosos eventos de este tipo, es decir, una especie de *realidad simulada* que se sirvió del infografismo como principal instrumento de producción (¿o de simulación?). Casasús parece aludir a una *ficcionalización* o *virtualización* del discurso noticioso que encuentra sus condiciones de posibilidad en las actuales tecnologías audiovisuales.

No se deben desdeñar las razones de Casasús, pero también hay que recordar que la *virtualización* informativa conecta con ámbitos de experiencia no menos cotidianos que la conversación doméstica o la vida barrial. Nos referimos precisamente a la ex-

perencia que los sujetos contemporáneos tenemos de los relatos massmediáticos de ficción. En virtud de los cuales, en suma, lo *local* y lo *maravilloso*, opuestos por Benjamin, vendrían a interpenetrarse dentro de un ecosistema mediático de algún modo más cotidiano que la cotidianeidad (tradicional) misma. En otro lugar (Abril, 1991) hemos conjeturado, precisamente, que la *información* televisiva –nunca más justificadamente entrecomillada– sobre la Guerra del Golfo venía a desplazar nuestra percepción de los acontecimientos hacia un marco interpretativo modelado por las ficciones audiovisuales contemporáneas.

No podemos afirmar, sin embargo, que el discurso de la información sea el único responsable de la (supuesta) ficcionalización de la experiencia cotidiana. El contexto de este problema es el abigarrado paisaje de *intertextualidad* de la cultura de masas. El juicio moral y político sobre los dispositivos de ficcionalización aplicados a la información sobre la Guerra del Golfo es una cosa, pero el dictamen sobre las condiciones culturales que permiten el ejercicio de tales dispositivos es otra bien distinta. La hipótesis de que los hábitos y disposiciones que orientan nuestra experiencia cultural han sido intensivamente trabajados por una cultura audiovisual *espectacularizante*, *desrealizadora* y generadora de *incertidumbre* cognitiva y moral no es descabellada. Quedaría tanto más confirmada por el (supuesto) éxito propagandístico de los promotores mediáticos de la guerra del Golfo. Pero en ese caso la crítica debería valorar conjuntamente, y en sus complejas interacciones, el discurso informativo, el contexto massmediático audiovisual y las supuestas inercias y resignaciones de la cotidianeidad postmoderna.

BIBLIOGRAFÍA.

- ABRIL, G. (1991): *Imágenes en guerra*, LA Balsa de la Medusa, nº18, pp 13–21.
- BENJAMIN, W. (1986): *El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nicolai Leskov. Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*, Barcelona, Planeta–Agostini.
- CASASÚS, J. M. (1992): *Set hipòtesis de treball sobre història de la recepció del text periodístic*, ANÀLISI, nº14, pp 33–46.
- GOMIS, LL. (1989): *Teoria dels gèneres periodístics*. Barcelona. Centre d'investigació de la Comunicació–Generalitat de Catalunya.
- GOULDNER, A. W. (1978): *La dialéctica de la ideología y la tecnología*. Madrid. Alianza.
- MARTÍN-BARBERO, J. (1987): *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. México. G. Gili.
- RODRIGO ALSINA, M. (1989): *La Construcción de la noticia*. Barcelona. Paidós.
- SCHUTZ, A. (1974): *El problema de la realidad social*. Buenos Aires. Amorrortu.